

¿No eres, por ventura, Tú el que mide los mares con la mano, el cielo con el palmo y la tierra con el puño, el que pone las montañas en la balanza y las colinas en el peso? ¿Cómo, pues, has entrado en la triste bóveda que sólo debe cubrir cenizas y podre, y no glorias increadas y poder infinito? ¡Ah! ¡No respondes, Hijo mio! ¡No hablas á tu Madre! ¡Por qué gocé de tus ósculos en la cueva de Belen! ¡Por qué te suspendí á mi seno! ¡Por qué te ví crecer con gracias y ciencia y hermosura! ¡Por qué te ví aplaudido, admirado, adorado y bendecido de los pueblos, para llegar á este momento en que ya no existes! A lo ménos en la Cruz aún respirabas, aún oí tu dulce voz; á lo ménos, despues que entregaste tu espíritu, te pude contemplar de cerca y abrazarte; veia aquellos ojos modestos y humildes que te distinguian de todos los hombres; veia aquellos labios que tantas palabras de vida habian pronunciado; veia aquellos piés que tanto se fatigaron por los pecadores; veia aquellas manos, manos que obraron tantas maravillas; pero ¡ahora! ahora todo ha desaparecido.»

Con este conocimiento tan vasto como tiene María de la grandeza del objeto que ha perdido, ¿quién podrá consolarla? La naturaleza con todos sus encantos se presenta en la alborada, haciendo resaltar por todas partes la alegría y el placer que inspira á quien la observa; derrama en ella María una mirada, y no encuentra en ningún objeto ni animacion ni movimiento; todo es para su alma un vasto sepulcro, porque, muerto su Hijo, todo ha muerto para su corazon; modulan las avechillas mil y mil cantos que entusiasman el espíritu; pero al corazon de María no llega más eco que el que repite su corazon: *La muerte, el sepulcro*. Igual eco interrumpe el silencio de la noche; igual rumor precede los pasos de María, no resonando por todas partes más que la voz del sepulcro y de la muerte de su amado.

Contempladla, amados míos, en las dos noches de su amarga soledad: cuantas personas la rodean no hacen más que agravar sus penas, aunque involuntariamente. Aquí aparece Pedro, que despues de haber negado á su Maestro y llorado su culpa, viene á postrarse á los piés de la Madre desafortunada y á pedirle perdon; allí llegan llenos de espanto otros discípulos; á su lado está la Magdalena y las otras piadosas mujeres; al otro el virginal Apóstol, que la consuela como buen hijo. ¡Qué cuadro tan triste para una Madre como María! Uno refiere aquella mirada compasiva que lo ha convertido, recordando que anduviera con Él sobre las aguas, que recibiera la promesa de ser la piedra de la Iglesia; otro recuerda la bondad de admitirle en su más íntima confianza; aquélla llora aún recordándose del amor con que la perdonó; ésta relata las palabras dulcísimas de sus labios, y todos concluyen con una primera aspiracion; todos exclaman con dolor: «¡Por qué has muerto, Maestro divino, Redentor suspirado, Dios amoroso!» Y no hay una sola voz entre todas que no lleve al corazon de María el triste sonido de *muerte, sepulcro y horror*.

Era entónces cuando esta alma purísima exhalaba suspiros de amor hácia su Hijo amado; más angustiada que David, «Sálvame, decia; sálvame y librame de la tempestad ¡oh Dios mio! porque han penetrado las aguas de la amargura hasta lo más íntimo de mi alma. Me encuentro atollada en lo más profundo del abismo del dolor, y no hallo consistencia. He llegado á lo más proceloso de la tribulacion, y me ha envuelto en sus torbellinos la furiosa tempestad. Del fondo de mi corazon he sacado fuerzas para sufrir al lado de mi Hijo todo el furor de los verdugos que lo crucificaron; pero ya no tengo este corazon en su lugar; se encuentra trastornado desde que mi tesoro yace en el sepulcro.» *Subversum est cor meum in memetipsa*. Y al decir estas razones amorosas,

no se elevan al cielo aquellos ojos divinos sin que broten de ellos dos torrentes de lágrimas, á cuya sola vista lloraba toda la naturaleza. ¡Ay! ¡Llorad, llorad, triste Madre! ¡Quizás desahogándose ese pecho nobilísimo del terrible dolor que le oprime, os acordeis que teneis aún un corazón que muy pronto será colmado de gloria y felicidad al ver á tu Hijo amado más esplendente que mil soles y más cándido que el níveo cendal, despues de salir victorioso de entre las sombras de la muerte!

Hé aquí, amados míos, cómo la más feliz de las mujeres se convirtió en la más desventurada de las madres al ver á su Hijo divino en la region de la muerte. No vivia María sino por Jesus; era Éste su felicidad omnímoda; era Éste su gloria; no viviendo, pues, el Hijo, ¿podria vivir la Madre? Vivió, sí; pero fué por un portento del cielo; porque es concebible que respire la madre hasta cuando esté su hijo entre la agonía y tormentos, que viva aún cuando aquél haya entregado su espíritu; ¡mas estando éste en el sepulcro! ¡Ah! María no podía vivir sino por milagro, porque no tenía el corazón entre los límites de la vida, sino en la region de la muerte. *Subversum est cor meum in memetipsa.*

Al concluir una materia tan lúgubre, permitidme que os pregunte si acompañais á María en su amarga soledad; porque yo advierto en la sepultura del Señor dos grandes acontecimientos, que exprimen por una parte la dureza y por otra el amor; muere Jesus, y llora el cielo, escondiendo su luz; llora la tierra, dando fuertes sacudidas; llora la muerte, restituyendo á la vida las víctimas que guardaba; lloran las piedras, pues se hienden, y, por fin, lloran los ángeles, pues suspenden sus melodías: hé aquí llorosa la misma naturaleza insensible; hé aquí llorosos también aquellos espíritus á quienes no les late un corazón de hijos; ¡y entre tanto, hay una porción de hombres que se alegran en la muerte de Jesus, sin

compadecerse de la desgraciada Madre. ¡Ah! Yo haria una injuria bien notable á vuestra fé y piedad si me atreviese siquiera á preguntaros de qué partido sois, si de los que en tan triste suceso lloran, ó de los que se alegran. Sois, á no dudarlo, hijos amantes de vuestra Reina y Madre Dolorosa, pues habeis venido al sagrado recinto á ofrecerla una lágrima que aún arranca á vuestros ojos el dolor de la muerte de Jesus, á pesar de haber sucedido hace diez y nueve siglos. Sea, pues, amados míos, nuestra tristeza en la muerte de Jesus una tristeza fructuosa, que tenga su origen en la consideracion de haber causado con nuestros crímenes la muerte del Hijo de María; y entónces asomará en nuestras almas la alegría de la gracia, cantando con el divino Pablo: «Cristo murió por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificacion.» *Mortum est propter peccata nostra; resurrexit propter justificationem nostram.* Así sea.